

CAPITULO IX.

Continúa el sitio de los Remedios. Asalto rechazado. Repítese otro con gran pérdida de los realistas. Apuros de Liñan. Los sitiados hazen una salida. Intercéptanles un convoi. Escasez de víveres i municiones. Resolucion de evacuar el fuerte. Resultado desastroso. Crueldades de los vencedores. Elojio de la defensa del fuerte en boca del mismo Liñan. Sitio de Jaujilla por el coronel Aguirre. Sus preparativos, ataques i asechanzas contra la plaza. Los oficiales extranjeros son entregados con el fuerte por su comandante. Conducta humana de Aguirre. Suerte de los vocales del gobierno. El canónigo San Martin es sorprendido. Su larga prision en Guadalupe.

MIENTRAS el malogrado Mina ejecutaba su plan de hostilidades en el Bajío, Liñan estrechaba con vigor el sitio de los Remedios, habiendo puesto sus líneas en un estado formidable para precaverse de los ataques exteriores. La guarnizion por su parte trabajaba con igual ardor, i a fuerza de constantes afanes se pusieron en estado de resistir tenazmente a los sitiadores, que tanto los aventajaban en número, en artillería i en disciplina. El 16 de setiembre fué asaltado el fuerte por los puntos de Panzacola i Tepeyac, i despues de haber avanzado los asaltantes en tres columnas con admirable orden, i combatido bizarramente por espacio de tres horas, se retiraron con pérdida considerable. En vista de esto resolvió Liñan abrir una trinchera para ponerse al pié del baluarte de Tepeyac, i volarlo i abrirse paso, colocando al mismo tiempo una fuerte batería por la parte del cerro del Tigre. El 23 logró ejecutar la esplosion, pero su efecto se redujo a abrir una

gran cueva en la casa del baluarte, por lo cual mandó continuar la mina, sin que este segundo ensayo le proporcionase tampoco mas ventaja que la de arruinar algunos paredones del frente, quedando el terraplen del baluarte sostenido en las peñas que le servian de base. El 25 se empezó a abrir brecha por el fuerte de santa Rosalía, i luego que esta estuvo practicable, se encargó de atacar por ella el coronel Ruiz, sosteniéndole con un vivo fuego por todos los demas puntos; pero los sitiados resistieron con extraordinario teson, i obligaron a retirarse al enemigo, causándole grave pérdida, i muriendo de parte de los sitiados el coronel Zárate, que era de los llegados con Mina. Desde entónces Liñan, obligado a abandonar las obras que le habian facilitado aquella embestida, i que habian sido destruidas por los sitiados, limitó provisionalmente sus operaciones al cañoneo i bloqueo; mas apesar de sus esfuerzos i vijilancia, todas las noches entraban en el fuerte muchos paisanos diestros i valientes con pólvora i otros efectos de los mas necesarios. Las provisiones abundaban todavía, miéntras que los realistas, reducidos por Mina a una completa incomunicacion con los pueblos circunvecinos, se veian reducidos a comer el trigo en verde.

Dilatábanse así los resultados del sitio, hasta que, libre Liñan por la prision de Mina del cuidado i estrechez en que le tenia este caudillo, pensó seriamente en combinar un asalto con todo empeño, aprobando el plan que al efecto le presentó el coronel Ruiz. Hiziéronse pues todas las disposiciones necesarias con el mayor detenimiento i prevision, i el mismo Ruiz, especialmente encargado de aquella arrojada empresa, la anunció a sus soldados el 15 de noviembre en una orden jeneral, que en tono de proclama prescribia las operaciones que debian desempeñar sus subordinados. Al amanecer del dia inmediato se rompió el fuego con furor, i las columnas empezaron a moverse acia la cueva i brecha recién abiertas cerca del

punto de santa Rosalía. Avanzaron los realistas con paso firme, enarbolando bandera negra en señal de esterminio; hizo alto la coluna cerrada a 20 pasos de la brecha, espuesta a un diluvio de piedras, mosquetería i metralla; algunos de los mas determinados subieron a la brecha i murieron en ella. Los que la defendian salieron entónces denodadamente, i en pocos momentos pusieron a los enemigos en desordenada fuga, quedando la orilla del barranco cubierta de muertos i heridos. Fué mui considerable la pérdida que por ambas partes se sufrió en esta funcion, i el mismo Liñan confesó haber consistido la suya en 177 muertos i contusos, i que solo del batallon de Navarra se perdieron 15 oficiales, quedando en esqueleto sus compañías de granaderos i cazadores. Fué tal la impresion que los partes de esta jornada hizieron en Apodaca, que respondió a ellos mandando a Liñan suspender todo ataque a viva fuerza, hasta que las obras de los sitiados fuesen destruidas, i permitiesen que entrase de frente un número de tropa bastante a superar los ostáculos que pudieran oponerse, para ocupar así la fortificacion con mas daño de los sitiados que de los sitiadores.

Luego que los del fuerte supieron la prision de Mina, el guerrillero Borja que se hallaba en él, se resolvió a salir para continuar el plan de hostilidades emprendido por aquel jefe. La noticia que de esto tuvo Liñan le determinó a emprender el asalto del dia 16 que tan caro le habia de costar, i que le redujo de nuevo a emprender los trabajos de minas i voladuras, en los cuales estuvo ocupado el resto de noviembre i diciembre a costa de un vivo cañoneo, i sin conseguir, apesar de tantos afanes, nada de lo que se habia propuesto. A este disgusto se le agregaba el no pequeño inconveniente de hallarse mui escaso de recursos pecuniarios, para cubrir el presupuesto mensual de las tropas de su mando i guarniciones del distrito, que ascendia al pié de 107 mil pesos. Seguías de aquí la

desercion, el robo i el desórden a que se entregaban los soldados con enorme perjuicio de los infelices pueblos sujetos a su dominacion. En todo este tiempo los sitiados habian ya consumido la mayor parte de los víveres, i los pocos que se les remitian de Jaujilla eran por lo comun interceptados por Liñan, que ya tenia conozimientos exactos de los lugares i avenidas para la fortaleza. Tambien se hazia sentir la falta de municiones, pues aunque abundaban el salitre i el azufre, no habia la quietud necesaria para la elaboracion de la pólvora. En tal estrechez, resolvieron hazer una salida, destinando 300 hombres al mando de los capitanes Croker i Ramsay. Ejecutáronla en la noche del 28 de diciembre, atacando impetuosamente la posicion del Tigre al arma blanca por espacio de mas de una hora. Tomaron la primera i segunda batería, pero retrincherados los realistas en la tercera, los obligaron a retirarse matándoles 27 hombres, no habiendo podido impedir sin embargo que los americanos se apoderasen de algunas municiones, barrenasen algunas piezas, i derrumbasen otras por el barranco.

Al mismo tiempo que ocurría esto por el punto del Tigre, intentaron los del fuerte introducir un convoi de víveres i municiones, pero cayó todo en poder de los realistas, i huyeron los que lo llevaban, dejando tres muertos i dos prisioneros. A fines de diciembre llegaron a faltar del todo las municiones, i ni de Jaujilla se podian esperar auxilios, por estar aquel punto igualmente rodeado de tropas que se aprestaban a sitiario. Vióse pues la guarnizion en la forzosa alternativa de evacuar el fuerte, o de sufrir un ataque de imposible defensa. Decidiéronse por lo primero, i para efectuar la salida, se señaló el punto de Panzacola, como ménos espuesto que el de la Cueva, a pesar de la extraordinaria aspereza del camino, lleno de rodeos i escabrosidades, i circuido de precipicios. Señalóse el punto de salida de aquí la

lada la noche de 1 de enero para ejecutar aquella estremada resoluzion, se suspendió en las inmediatas por disposicion del coronel Noboa la costumbre de dar la voz de alerta; con lo cual los sitiadores presumieron el intento de la guarnizion, i tomaron todas las precauciones necesarias para cortar la retirada.

Llegada la hora de salir, se renovó la misma dolorosa escena que en el fuerte del Sombrero, al abandonar los heridos, cuyo transporte era de todo punto imposible. Rompió la marcha un trozo en que iba el P. Torres, i aun no habia salido la mitad de la guarnicion, cuando se empezó el tiroteo con los primeros puestos realistas. Se alarmó todo el campo; una columna penetró desde luego al fuerte, se encendieron grandes hogueras, a cuyo lúgubre resplandor se descubria la profundidad de los barrancos i el rumbo que llevaba la guarnizion. La parte de esta que aun estaba en el fuerte, se vió furiosamente acometida. Los gritos de los hombres, los llantos de las mujeres i niños, las amenazas de los realistas, las descargas de fusilería, todo presentaba horrores i confusion. Muchos, por huir, se clavaban en las bayonetas enemigas, se precipitaban en los barrancos, i las concavidades repetian los quejidos dolorosos de aquellos desventurados. Parte de ellos sin embargo se abrieron paso a la cima de los montes, i otros quedaron ocultos en las quiebras de los barrancos; pero llegó la luz del dia, i cuantos eran descubiertos por el enemigo, recibian la muerte sin distincion de sexo, como sucedió al comandante Cruz Arroyo. La caballería recorrió los llanos, i tomó o mató a cuantos habian escapado la noche anterior. Entre los pocos que se salvaron de esta horrible catástrofe estaba el P. Torres i 17 hombres de la division de Mina; los demas individuos de la espedicion, o murieron durante el sitio, o cayeron en los barrancos. Así perezieron el capitán Croker i el Dr. Hen-

nesey. Cayeron prisioneras las hermanas de Torres i otras muchas mujeres, que fueron atrozmente insultadas por la bárbara soldadesca.

Los enfermos i heridos de la fortaleza recibieron una muerte cruelísima. Incendiado por diversos puntos el edificio donde se hallaban, eran recibidos a bayonetazos los que tenian bastantes fuerzas para huir de las llamas; en breve a los alaridos del dolor sucedió el silencio de la muerte, i solo quedaron cenizas. La mayor parte de los prisioneros fueron fusilados despues de trabajar en la demolicion del fuerte. Esta suerte cupo al coronel Noboa, quien exaló el último suspiro gritando *viva la república*, i al jeneral Muñoz, conozido, segun dijimos al principio de este resúmen, con el nombre de el *Cañonero*. De las tristes mujeres, las que pertenecian a las familias de algunos jefes, fueron enviadas a varias ciudades ocupadas por los realistas, i las de clase inferior recobraron la libertad despues de raparles la cabeza a navaja.

Así cayó el fuerte de los Remedios, despues de haber burlado por espacio de cuatro meses los esfuerzos de un enemigo mui superior en número, en artillería, en municiones i en la esperiencia i disciplina de los soldados. El valor de sus defensores i los del fuerte del Sombrero, está honrosamente consignado en las siguientes cláusulas de un oficio reservado al virei con fecha 12 de diciembre: "Si por un error de cálculo," dice, "hemos concebido que el enemigo que tenemos al frente no mereze la consideracion de unas tropas aguerridas, propaguemos enhorabuena estas especies para con el público; mas yo que en el dia tengo que responder al soberano de mis pequeñas empresas militares, puedo asegurar a V. E. que la defensa que han opuesto en los fuertes de Comanja i san Gregorio, es digna de los mejores soldados de Europa, i que de consiguiente no se debe despreciar al enemigo atrincherado en

una posicion que reúne las ventajas del arte i de la naturaleza.”

Dejamos dicho que la guarnizion de los Remedios no podia recibir en la última época del sitio socorro alguno de Jaujilla, por hallarse tambien aquel punto próximo a sufrir un riguroso asedio. En efecto, esta empresa fué confiada por el virei Apodaca al coronel D. Matías Aguirre, uno de los jefes realistas de mas mérito por sus prendas militares i recomendable moderacion. El 15 de diciembre salió de Valladolid con mas de 800 hombres, i despues de reconocido el fuerte, intimó la rendicion a sus defensores, que no estaban dispuestos a prestarse a ella. Circuialo un gran pantano causado por un rio de poca corriente, pero aprovechado por los americanos para mantener intransitable la circunferencia por medio de varias presas i cortaduras. Aguirre procuró superar esta dificultad cortando el rio por 29 zanjas con estacadas i trabajos, en que empleó muchos brazos i tiempo. El 30 de dicho mes fué reforzado con 400 infantes, 50 caballos, varias piezas de artillería i muchas municiones. Inmediatamente distribuyó estas fuerzas, formando dos secciones que puso a las órdenes de D. Vizente Lara i D. Juan Amador, con lo cual, i con haber cubierto el embarcadero i entrada, quedó puesto un estrecho sitio, sin perjuicio de continuar las obras sobre el rio para atacar en ocasion oportuna.

El dia 4 de enero sus baterías rompieron el fuego contra la fortaleza; pero convenzido de que esto era insuficiente, abrió nuevas trincheras casi a tiro de fusil, a costa de no pocas pérdidas por el fuego de los sitiados. Estos, usando de rigor oportuno, lograron cortar la desercion que dió en manifestarse, i empezaron a dar cuidado a Aguirre, por haberle desmontado la batería mas próxima, i porque ademas sabia que esperaban auxilios del P. Torres, el cual habia reunido mas de 500 hombres del Bajío. Por lo

mismo se decidió Aguirre a dar el asalto, i para facilitararlo, hizo construir otra trinchera a tiro de pistola, a pesar del empeño que pusieron los sitiados en destruirla, haziendo el 13 de febrero una salida, en la cual se peleó con gran valor por ambas partes. Con esto se vió espedito para dar el asalto el dia 15; pero su tentativa quedó frustrada, porque su tropa fué tan briosamente recibida por los americanos, que le fué forzoso retirarse con grave pérdida de muertos i heridos. Atribuyó Aguirre este descalabro a dos oficiales extranjeros de los de la espedicion de Mina, llamados Christie i Dewers, que estaban en el fuerte i dirijian la defensa; por lo mismo puso todo su esmero en que le fuesen entregados vivos por los que mantenian con él intelijencias secretas dentro de la plaza, segun luego veremos.

Empeñado no ostante en salir con la empresa, pidió refuerzo al jeneral Cruz, i el 1 de marzo lo recibió en 300 infantes, 200 caballos, 6 piezas de artillería i doce mil pesos en dinero, que le facilitaron los medios de renovar la desercion i de seduzir mas jente entre los sitiados, sin dejar por eso de hazer un continuo fuego con sus baterías. En poco tiempo los medios de la seduccion fueron tan eficazes, que el mismo comandante del fuerte D. Antonio Lopez de Lara, en quien recayó el mando por la casual ausencia del propietario Mr. Nicholson, oficial de la espedicion de Mina, concibió, con intervencion del cura de Tacámbaro Amaya, a la sazón preso en el fuerte, el proyecto de entregarlo a los extranjeros, despues de seduzir la mayor parte de la guarnizion compuesta de 250 hombres. Aquellos oficiales, noticiosos de lo que se tramaba, se vieron precisados a defenderse haziendo fuego desde una habitacion donde quiso sorprenderlos Lara; pero cargando sobre ellos la multitud de la guarnizion, fueron amarrados i entregados a Aguirre, cuyo pundonor le obligó a recabar del virei que se les perdonase la vida, eludiendo las repetidas

órdenes que se le dieron para fusilarlos. Trató tambien con mucha humanidad a toda la guarnizion, poniéndolos al fin a todos en libertad. Así cayó en su poder el fuerte de Jaujilla el dia 6 de marzo de 1818, habiéndose podido sostener por tres meses mas, segun el estado de municiones, pertrechos i defensa en que se hallaba, i aun acaso habria venido a levantarse, si los caminos e islotes donde se situaron las baterías, se hubieran llegado a inundar en la estacion de las aguas, que estaba próxima.

A los ocho dias de haberse puesto el sitio al fuerte de Jaujilla, los vocales de la junta Cumplido i san Martin se pusieron en salvo, saliendo en una canoa con todos los útiles de la imprenta, i despues de pasar muchos peligros i dificultades, llegaron al dia inmediato al pueblo de Tare-sero, que solo distaba poco mas de cuatro horas de marcha. A los 15 dias salió tambien con el archivo el diputado Ayala, i se establezió la junta en las rancherías de Zarate, jurisdiccion de Turicato al sur de Valladolid. El 21 de febrero tuvo san Martin la desgracia de ser sorprendido por un medio que una ocurrencia inesperada proporcionó a los realistas. Pensó el gobierno americano en atacar la villa de Paztenuaro para llamar la atencion del coronel Aguirre, i con este objeto ofició a varios comandantes a fin de que se reuniesen con sus divisiones. Uno de los ofizios, que iba dirigido al comandante Gonzalez Hermosillo, cayó en manos de un D. Francisco Murillo, vecino de Apatzingan, el cual lo pasó a manos del jefe realista Quintanar, i este comisionó a Vargas el indultado, para que con 40 hombres escojidos sorprendiese a los de la junta en las rancherías de Zarate. Logró penetrar hasta ellas sin ostáculo, haziendo creer a los rudos habitantes de aquella comarca que era el mismo Hermosillo, a quien el gobierno de los americanos llamaba por el oficio que les ponía de manifiesto. Llegado al punto de su objeto, cayó súbitamente de noche so-

bre el cuartel, i obligando a retirarse al comandante D. Elijo Ruelas despues de una vigorosa defensa, se apoderó de san Martin i de once prisioneros, casi todos trans-euntes, a quienes fusiló despues de mandar a san Martin que los confesase. Caminó toda la noche con este eclesiástico, i al amanecer hizo alto, distribuyendo parte del botin entre los soldados, i dando tres onzas al cabo Castañeda, premio ofrezido por el jeneral Cruz al que prendiese vivo o muerto a san Martin. Este fué entregado a dicho jeneral en el campo de Tlachichilco, i desde allí, cargado de grillos, fué conduzido a Guadalajara, donde permaneció encarcelado i sostenido en medio de las mas duras privaciones por la caridad del obispo, hasta que fué puesto en libertad en virtud de la amnistía de 1820, con cuyo motivo el obispo le dió un banquete, sentándole en él al lado del mismo jeneral Cruz.